

dad interna; la impersonaliza por la anterioridad de los factores que concurren a suscitarla; determina en el árbol genealógico la torcedura radical que sorprenderá mañana con la rareza de una flor y lo inesperado de una espina; sigue por el camino real, por la acera, en el bufete, en el mostrador, al sujeto perfectamente vulgar, que es centena en la villa y millón en la metrópoli; y bajo su cartón descubre negruras de odio como para eclipsar soles, tesoros de dolor como para hartar deidades, y primaveras de amor lujosas en lirios; pues doquiera que hay un hombre hay un amor y un dolor seguros, y donde están éstos, están la luna y el sol del cielo del espíritu.

Allá el rasgo externo es secundario. Tal ojo muy azul, en contraste con tal cabello muy negro; tal mandíbula denunciadora, tal luminosidad histérica de la palidez, son otros tantos postigos entreabiertos sobre el limbo moral. Pero siempre, en el canalla y en el héroe, en el inmoral y en el virtuoso, en el idiota y en el genial, la fatalidad atávica serpenteando aquí turbia y allá clara, como un arroyo que fuese, vuelta a vuelta, tripa de cloaca y arteria de pradera.

Esa lógica atormentada por su propia inflexibilidad es la falla de la obra. La premisa, en su forma autoritaria y excluyente, se impuso tal vez como fundamento; pero extraerla no equivaldrá a destruir el edificio que, una vez alzado, encuentra en la correlación de sus partes una nueva estabilidad. No; la misma ciencia ha rechazado esas fatalidades hereditarias, y va en camino de relegar también esa pretendida igualdad entre el bueno y el malo, sólo aprovechada por éste, siendo sofisma el argumento que la induce de la identidad original.

El atavismo, aun ayudando el medio, no alcanza a explicar todas las semejanzas, y aquellos a quienes mortifica la hipótesis de un móvil espiritual, deberán revestirse de paciencia por ahora.

La química no ha tropezado ni con un milígramo de pensamiento en la síntesis de cualquier glicerina; y ni siquiera el piteco antecesor asoma por entre el laberinto de la filogenia su faz bufona y bestial, para certificarlos un abolengo de caricatura.

Fué la falla de la obra enorme aquella lógica, pero el maridaje entre ciencia y arte fructificó. En principio, Zola se propuso únicamente estudiar el desarrollo de un hecho en un medio determinado. Las documentaciones de que Balzac y Flaubert se armaron por probidad intelectual, servirían también a Zola para la aplicación de un principio científico. Ello afirmaba un progreso sin duda, pero no una origina-

lidad, sino de hecho, pues en teoría Stendhal lo había augurado ya. Lo importante era que esa impasibilidad estudiosa disimulaba un saludable amor. Zola exponía en plena luz la desnudez del gran miserable, rascaba la inmundicia plebeya y aún se gozaba en esto, arrastrado, sin duda, por su encarnizamiento de combatiente, siendo el entusiasmo un exceso de por sí; rodaba sus parejas de amantes en las eras escandalosas de sol, y sobre las mesas de repasar; afrontaba con la misma entereza los hedores del lavadero en *L'Assommoir* y el delirante invernáculo de *La Curée*; sin que la rigidez del disector enmascarara siempre sus ascos y sus indignaciones, pues el hombre de *Mes Haines* no era de los que llevan la lengua en la boca como un estoque en un bastón.

¡Oh, y cuál se puso a ladrar entonces la trahilla de las buenas costumbres! ¡Cuán furiosas salieron de sus epítomes la Moral y la Urbanidad, como las hormigas de sus montoncitos de tierra! ¿Adónde iba ese goloso del pantano? ¿Buscando qué trufas clandestinas hozaba el suelo ese verraco?... Y pronto la descubrieron. Formábase su clientela el avaro; escupía intestinalmente el envidioso las alturas que no podía alcanzar; pervertía a los jóvenes el mal ciudadano; el cobarde no se atrevía a opinar sobre las aspiraciones del pueblo que describía; el crápula, el miserable, el... ¡Santo cielo! ¿Ha de extrañarnos aquel sapo cotidiano por desayuno, si el escritor podía agregar cómodamente dos víboras por merienda?

Mejor se quería argumentos de príncipes incógnitos, que se casan con paradójicas chalequeras en desenlaces de matrimonio legal; las novelitas decentes, aunque no escasas de pimentón, eso sí; los adulterios vergonzantes, los besos al soslayo, las alcahueterías ingeniosas, rematadas con postdatas de nueve meses...

No obstante, esa mogigatería de solteronas, esa pudibunda mediocracia que en series iguales dispone sus ideas y las latas de su almacén, no tenían por qué alarmarse en rigor. Las novelas de Zola, como que son de tesis, llevan todas al final el pie forzado de una moraleja; y esto lo ha hecho notar el novelista en su prólogo de *L'Assommoir*. La moral en acción, el diagnóstico que es el principio de la cura, forman sus explicaciones. A mi entender esto comportó una debilidad, cuyo ningún resultado prueba, cuando menos, su ineficacia. Traicionó, además, una vacilación del método experimental preconizado para la novela, pues el investigador se preocupaba de lo que iba a hallar. Por otra parte el escándalo no residía en la tesis. Lo que en ella encolerizaba era

la aparición de la Miseria, ese crimen social lanzado al rostro de los criminales. ¡Cómo no habían éstos de aullar, desollados por tan brava leña!

Fué la miseria azote, la miseria horrenda lo que airó; pues en cuanto a la Verdad, todos la quisieran desnuda, sin perjuicio de encontrarla deshonesta cuando exhibe su vengadora desnudez.

Definida su originalidad, Zola no reculó un paso en el intento. Nada era arrojarse, lo difícil consistía en perseverar. Desde el hambre hasta el ultraje, no desconoció amargura bajo el sol. Mas la rueda de la Fortuna es amolador que afila y bruñe, y esos caracteres petrificando con su contacto al cieno, lo vuelven mármol para hacerlo digno de su cincel.

Poco a poco sus protagonistas se impusieron, tomando sitio en la columna, y entonces llegó el momento de examinar su calidad. La línea que les perfilaba no constituía un modelo de burilado; sus caracteres no resultaban de un cuño superior; la impresión ante todo, era de conjunto.

Esos cuadros que no resisten a la ponderación del detalle, revelan, por lo mismo, algo de inconsistente. La producción febril, a novela por año, basta para explicarlo quizá, así justifiquen al novelista tiránicas exigencias explotadas por su editor.

Además hay otra causa no menos importante. Los personajes de Zola son símbolos, puesto que encarnan argumentos de sociología o de moral. Este, representa la degeneración obrera en un ambiente homicida, donde sólo son alcanzables, por lo baratos, los Paraísos del alcohol; aquel, la prostitución, rediviva eternamente en sus Lernas mefíticas; otro, el sacrilegio de amor que venga a la naturaleza violentada; y todos revelan, siendo tan naturales en el orden existente, por la monstruosa sedición que éste implica, la posibilidad de una armonía futura.

No hay sino ellos que puedan encarnar este principio y lograrlo, pues cuentan con la fertilidad, siendo el lodo. Lágrimas de esclavos, tribulaciones de menesterosos, ruegos de solitarios, contriciones de prostitutas, fueron en todo tiempo riego y simientes de ideal, y éste el perro de ciego que los pobrecitos y los lamentables llevan de lazarillo, cuando fama, placeres, compasión, afecciones, dejan al ausentarse campo libre para que la esperanza reine como un astro sobre el desierto.

El escritor, acostumbrándose a la mugre, abusó de ella. Al respecto hay páginas injustificables, y para ejemplo puede servirnos aquella última de *Naná*, en la que ésta aparece muerta de viruelas, encuadrando su cabello